

Eduardo Wolovelsky



FRANKENSTEIN

La creatura



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Wolovelsky, Eduardo

Frankenstein: la creatura / Eduardo Wolovelsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Rojas, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1862-28-3

1. Análisis Filosófico. I. Título.

CDD 107



Universidad de Buenos Aires

CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector

Dr. Alberto Edgardo Barbieri

Secretaría de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación

Lic. Paula Quattrocchi

Coordinadora General de Cultura

Lic. Cecilia Vázquez

Coordinadora Adjunta Administrativa

Mariana Ron

Realización

Diseño y Publicaciones Centro Cultural Rector Ricardo Rojas

Imagen de tapa: portada de la edición de 1831 de *Frankenstein o el moderno Prometeo* de Mary Shelley

© Libros del Rojas

© Eduardo Wolovelsky

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor

Eduardo Wolovelsky

FRANKENSTEIN

La criatura



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

*No existe vida
que, aun por un instante,
no sea inmortal.
La muerte
siempre llega con ese instante de retraso.*

*En vano golpea con la aldaba
en la puerta invisible.
Lo ya vivido
no se lo puede llevar.*

Wyslawa Szymborska

*Para Claudia Fridman
(1960-2018)*

Índice

El demiurgo de la razón	6
Decisión	7
¡Está vivo!	14
Ambivalencia	20
1818	32
1831	40
El vencedor de la muerte	45
Salvarsán	50
Víctimas y mártires	56
La determinación de Walton	78
Prometeo	79
Humanos	94

El demiurgo de la razón

No despiertes a la serpiente, puede que ignore cuál es el camino a seguir.

Percy Bishee Shelley

Decisión

“Pareciera ser —dijo— que la elección es entre dos pecados. Negarle al mundo una luz que está en nuestras manos o iluminar al mundo antes de tiempo”. La duda que acosa a Stephen de Sautré, provocada por un objeto traído desde el mundo andalusí por sus hermanos franciscanos, no puede ser la suya porque su tiempo está libre de la culpa medieval y porque entiende que la luz, bajo la guía de la razón, solo puede relucir. Víctor Frankenstein sabe que la

vacilación del abad de Sautré, acerca del bien o el mal que puede provocar su acción al revelar u ocultar la existencia de la lupa, es una forma de servidumbre bajo la cual será imposible mitigar el dolor, curar la enfermedad o acorralar a la muerte, al menos la que llega demasiado pronto. Por ello supone que no se debe negar ni posponer la realización de ningún artilugio técnico que la mente humana sea capaz de crear, por riesgoso que parezca, porque la pérdida sería irreparable. Frankenstein vive en tiempos de la Ilustración, aunque por momentos se refugie en saberes ocultos y viva signado por el terror. Hace lo que le corresponde:¹

¹ Las citas en español de la obra *Frankenstein; or, the modern Prometheus* de Mary W. Shelley corresponden a la siguiente edición: Shelley M. W. *Frankenstein o el Prometeo moderno* (2006), Buenos Aires, Colihue. Traducción, notas e introducción de Jerónimo Ledesma.

.... Al principio vacilé entre intentar crear un ser como yo o uno de organización más simple; pero mi imaginación estaba tan entusiasmada por el primer éxito que no dudé de que pudiera dar vida a un animal tan complejo y maravillosos como el hombre. Los materiales que entonces tenía en mi poder no parecían ni remotamente adecuados para tan ardua tarea; pero sabía que al fin iba a conseguirlo. Me preparé para una multitud de fracasos; mis operaciones podían frustrarse incesantemente y mi obra quedar inconclusa: pero cuando consideré los avances que se realizan diariamente en la ciencia y la mecánica, cobré valor pensando que mis ensayos de entonces por lo menos sentarían las

bases para un éxito futuro. Tampoco podía ver la magnitud y complejidad de mi plan como impedimentos para su realización. Con estos sentimientos comencé la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las partes representaba un impedimento para trabajar velozmente, decidí, contra mi primera intención, construir un ser de estatura gigantesca, es decir, de ocho pies de alto aproximadamente y de una ancho proporcional. Luego de tomar esta determinación y habiendo pasado algunos meses recolectando y acondicionando con éxito los materiales, empecé.²

² I doubted at first whether I should attempt the creation of a being like myself or one of simpler organization; but my imagination was too much exalted by my first success to permit me to doubt of my ability to give life to an animal as complex and wonderful as man. The materials at present within my command hardly appeared adequate to so arduous

Pudo imaginarse a sí mismo como un indubitable y bondadoso hacedor, “muchas criaturas felices y excelentes me deberían su ser”, pero la suerte de su creación lo convirtió en un villano, en un hombre indigno, no de las ciencias médicas, sino de toda una cultura y por un tiempo tan extenso que aún no concluye. Y aunque resulte anacrónico, es legítimo que nos preguntemos si su vanidad y desmesura fue el resultado de no haberse podido formular la misma duda que tanto angustiara tiempo

an undertaking; but I doubted not that I should ultimately succeed. I prepared myself for a multitude of reverses; my operations might be incessantly baffled, and at last my work be imperfect: yet, when I considered the improvement which every day takes place in science and mechanics, I was encouraged to hope my present attempts would at least lay the foundations of future success. Nor could I consider the magnitude and complexity of my plan as any argument of its impracticability. It was with these feelings that I began the creation of a human being. As the minuteness of the parts formed a great hindrance to my speed, I resolved, contrary to my first intention, to make the being of a gigantic stature; that is to say, about eight feet in height, and proportionably large. After having formed this determination, and having spent some months in successfully collecting and arranging my materials, I began.

antes a Stephen de Sautré en el relato de Rudyard Kipling, “El ojo de Alá”. Es imposible saberlo con total certeza. Pero lo que sí interesa decir aquí, como descargo contra la supuesta ambición de nuestro moderno Prometeo, es que la duda —la pregunta— no evitó que el hermano de Sautré, en su inclinación por lo bueno y lo justo, diera un pesado golpe para destruir una prodigiosa y única lente de aumento cuyos beneficios eran incalculables.

Supongamos, además, que la criatura dada a la vida por la virtud del conocimiento hubiese estado signada por la belleza y no por la fealdad, y que en lugar del rechazo le hubiesen sido dados halagos y favores: ¿no sería Frankenstein el hombre más grandioso, el más venerado y querido, que nuestro mundo haya visto? Y de haber sido así, al dirigir nuestra mirada hacia atrás,

¿no nos habríamos aterrado con la idea de la oportunidad perdida para expandir la vida solo porque la prudencia aconsejaba no iluminar al mundo cuando puede ser prematuro? Con toda certeza habríamos maldecido al abad de Sautré.

Entonces, ¿cómo decidir? ¿Cómo puede una cultura enfrentar sus propias creaciones tecnológicas si la línea que separa al “benefactor” del “villano” es tan tenue que no se percibe? ¿Pueden acaso la reflexión, la pregunta y la duda ser formas de acción frente a logros tecnológicos que parecen tener vida propia, que simulan estar marcados por un fatal hado? Víctor Frankenstein se yergue desde su helado mundo ficcional para encarnarse en el corazón de nuestro conflictivo tiempo y dirigir la mirada hacia los lugares que con cierta necedad preferimos ignorar.

¡Está vivo!

Arrodillado frente a las autoridades eclesiásticas, Galileo abjura de su trabajo y de su creencia en el sistema heliocéntrico. Humillado y agobiado por quienes lo obligan a negar la traslación de la Tierra no se resigna y murmura “eppur si muove”, “sin embargo, se mueve”. El hombre, el matemático con la mirada de lince, resiste en un último y cuasi silencioso acto para convertirse en una figura heroica, símbolo del librepensamiento. Este es un conmovedor y sugestivo relato pero sobre el cual no hay evidencia alguna de su veracidad. Probablemente se cristalizó como hecho histórico bajo el empuje de su seductor significado ético.

Tres siglos más tarde, no un murmullo, sino el eco paroxístico de una particular

voz vuelve a sacralizar un acto no ocurrido que lejos de emular a su protagonista, lo condena. El ficticio susurro de Galileo nos complace por su férrea defensa de la búsqueda de la verdad, pero el imaginado grito del demiurgo humano nos ofrenda con un singular terror. Terror al cual nos sometemos porque, a cambio, nos concede una indubitable certeza moral.

—¡Está vivo!, ¡está vivo!— exclama al tiempo que tensa cada uno de los músculos de su rostro para exponer su alma en la forma de una mirada que se hunde en un mundo ajeno y extraño. Frente a los primeros movimientos de la creatura que armó con el poder de sus manos y la autoridad de su saber, Víctor Frankenstein dice en la pantalla del cine lo que jamás dijo, dos palabras que funden y esculpen un horror protector. Pero en su vida

verdadera, aquella que despliega con una apasionada desnudez lo desmedido de sus sueños, esas palabras jamás se nombran. En su vida auténtica, la que relatara Mary Shelley, Frankenstein expresa con callada reflexión su logro prometeico:

Era una lúgubre noche de noviembre cuando vi la culminación de mis desvelos. Con una ansiedad casi desesperada, dispuse a mi alrededor los instrumentos de la vida para infundir una chispa de existencia a la cosa inanimada que yacía a mis pies. Era ya la una de la mañana; la lluvia repiqueteaba en los cristales con un sonido fúnebre y la vela estaba a punto de consumirse, cuando, bajo el resplandor de esa vela casi extinta, vi abrirse el ojo opaco y amarillo de la

criatura, respiraba con dificultad y un movimiento convulsivo agitaba sus partes.

¿Cómo podré describir mis emociones ante esa catástrofe o dar un bosquejo del miserable que había modelado tan cuidadosamente y con esmero infinito? Tenía partes proporcionadas y había elegido sus rasgos porque eran bellos. ¡Bellos! ¡Dios míos! Su piel amarillenta apenas cubría la trama de músculos y arterias que había debajo, su cabello era lacio y de un negro lustroso; sus dientes, del blanco de las perlas; pero estas exquisiteces sólo hacían más agudo el horrible contraste con sus ojos apagados —casi del mismo color que las sombrías cuencas blancas donde encajaban—, su tez marchita y sus renegridos labios rectos.

Los diferentes fenómenos de la vida no son tan mudables como los sentimientos de la naturaleza humana. Por casi dos años había trabajado duro con el solo propósito de infundir vida en un cuerpo inerte. Para ello me había privado de la salud y el descanso.³

³ It was on a dreary night of November, that I beheld the accomplishment of my toils. With an anxiety that almost amounted to agony, I collected the instruments of life around me, that I might infuse a spark of being into the lifeless thing that lay at my feet. It was already one in the morning; the rain pattered dismally against the panes, and my candle was nearly burnt out, when, by the glimmer of the half-extinguished light, I saw the dull yellow eye of the creature open; it breathed hard, and a convulsive motion agitated its limbs.

How can I describe my emotions at this catastrophe, or how delineate the wretch whom with such infinite pains and care I had endeavoured to form? His limbs were in proportion, and I had selected his features as beautiful. Beautiful!

— Great God! His yellow skin scarcely covered the work of muscles and arteries beneath; his hair was of a lustrous black, and flowing; his teeth of a pearly whiteness; but these luxuriances only formed a more horrid contrast with his watery eyes, that seemed almost of the same colour as the dun white sockets in which they were set, his shrivelled complexion, and straight black lips.

The different accidents of life are not so changeable as the feelings of human nature. I had worked hard for nearly two years, for the sole purpose of infusing life into an inanimate body. For this I had deprived myself of rest and health.

De este modo, la creatura llega a la vida acompañada por la introspección de su hacedor, quien lejos de sentir la gloria parece debatirse en la ambivalencia dada por la promesa de su poder técnico y por lo terrorífico de su realización. No hay armadura frente a la obra humana.

Ambivalencia

Pero pronto moriré —exclamó con un entusiasmo solemne y triste— y eso que siento ya no lo sentiré más. Pronto estas ardientes miserias se habrán extinguido. Ascenderé triunfante a mi pira funeraria y festejaré el doloroso tormento de las llamas. La luz de esa conflagración se apagará; el viento esparcirá mis cenizas en el océano. Mi mente descansará en paz; y si continúa pensando, ya no lo hará del mismo modo. Adiós.⁴

⁴ But soon, he cried, with sad and solemn enthusiasm, I shall die, and what I now feel be no longer felt. Soon these burning miseries will be extinct. I shall ascend my funeral pile triumphantly, and exult in the agony of the torturing flames. The light of that conflagration will fade away; my ashes will be swept into the sea by the winds. My spirit will sleep in peace; or if it thinks, it will not surely think thus. Farewell.

El cuerpo revivido contra natura y su hacedor llevaban muertos siglo y medio cuando en el hospital Groote Schuur de Ciudad del Cabo se realizó el primer trasplante cardíaco entre seres humanos. En la madrugada del 3 de diciembre de 1967 dio comienzo el proceso quirúrgico para traspasar el corazón de Denise Ann Darvall, diagnosticada con muerte cerebral tras haber sido atropellada por un automóvil, a Louis Washkansky quien sufría una cardiopatía terminal. Tras interminables cinco horas algo fundamental había cambiado en el universo humano: por primera vez un hombre llevaba en su pecho el corazón que había latido y había sido parte de otro cuerpo. Tras 18 días de sobrevivencia y debido al tratamiento de inmunosupresión para evitar el rechazo, Louis Washkansky murió de neumonía.

A comienzos del nuevo año, tan solo un mes más tarde, Christiaan Barnard vuelve a ensayar otro trasplante. El receptor es Philip Blaiberg y el donante un joven negro, Clive Haup, quien había sufrido un derrame cerebral. Esta vez el destino parece ser otro y Blaiberg sale del hospital para llevar a través de la televisión el rostro y la voz del corazón que se agita bajo una extensa cicatriz. Sin embargo, su vida aunque corta será significativa porque en el breve período en el que pensó y sintió bajo el empuje de un corazón extraño, supo señalar una posibilidad, no para la medicina académica, sino acerca de cómo enfrentar un particular sufrimiento humano. Su muerte quedó opacada por el éxtasis de la llegada del hombre a la Luna.

Podría parecer poco afortunado traer a consideración los primeros trasplantes de

corazón para promover la reflexión sobre el acto creativo de Víctor Frankenstein; solo porque al hacerlo pareciera que estamos cuestionando esta práctica médica. Sin embargo, lo que pretendemos es andar el camino inverso porque la muerte temprana de los primeros pacientes no melló la fe de que con el tiempo se irían solucionando los problemas referidos al rechazo y que al final se lograría una sobrevida significativa. ¿Por qué el acto fallido de Víctor Frankenstein no puede ser juzgado de la misma forma? Si dispusiéramos de suficiente tiempo, ¿no daríamos con el saber necesario para crear una criatura bella y digna que pudiese sentir el gozo de estar viva y que fuese respetada y amada por otros? Es posible, pero ese tiempo no es solo un transcurrir, requiere de nuevas creaciones fallidas, mal cosidas y mal

armadas. ¿Acaso hablamos de personas o decidimos que son monstruos alejados de toda humanidad, artefactos que deben pagar con su imperfección y destrucción el valor de los logros futuros? ¿Cuándo podremos decir que hemos creado un sujeto ajustado a nuestra naturaleza? Sin embargo, para muchos habrá una diferencia fundamental entre los trasplantes cardíacos y la vida otorgada artificialmente por Víctor Frankenstein. El fracaso de lo primero nos deja en el mismo lugar en el que estábamos, la muerte inevitable de los enfermos. La ruina provocada por lo segundo crea una nueva dimensión. Una dimensión que tal vez no deberíamos transitar. Pero esta distinción se esfuma pronto si consideramos que para muchas personas aquellos trasplantes de corazón fueron actos ilegítimos.

Primero, como hecho técnico porque el éxito quirúrgico no salvó a los enfermos de una muerte temprana aunque esta se hubiese dado igual por la fatal ley de lo vivo. Segundo, porque la transferencia de un órgano como el corazón era para muchos un hecho sacrílego que nos lleva a un lugar que se supone no deberíamos habitar. Sin duda así lo vieron algunos defensores del Apartheid —aunque no dejaron de aprovechar la propaganda que se derivaba de ser el primer país en lograr un acto médico humanitario de tamaña envergadura— porque Philip Blaiberg era ahora un hombre blanco devenido en quimera por llevar el corazón de un negro (definido racialmente así según las leyes sudafricanas). No pocos son los que habrán visto en la figura de Christiaan Barnard al aprendiz de brujo que actúa

empujado por la hondura de su ambición fáustica, preguntándose a su vez en qué se diferencia de Frankenstein. Es difícil decidir. Lo fue sobre los trasplantes en sus inicios y también sobre la aplicación de la “chispa eléctrica” para dar vida en la ficción. Quisiéramos tener una guía incuestionable para saber qué hacer, pero es desde la neblinosa ambivalencia desde donde debemos optar. Es interesante considerar aquí, por lo lúcido que es su pensamiento, las palabras de Roger Shattuck:

En una perspectiva a la larga, hoy nos enfrentamos a las alegaciones de la ciencia de modo muy parecido a como los habitantes de Occidente han reaccionado ante las alegaciones de anteriores credos de igual magnitud.

Entre los siglos IX y XV, el cristianismo movilizó a toda Europa aunándola en una sola Iglesia, que posteriormente se fragmentó bajo las presiones de la reforma y de las dudas surgidas primordialmente desde su seno. Los grandes llamamientos modernos a la revolución para vencer la opresión de la monarquía y a favor de la *res publica* pronto desembocaron en repugnancia ante los excesos de la revolución. De modo similar, el inmenso atractivo del socialismo desde 1850 a 1980 como medio para mejorar la calidad de vida de todo el mundo también se ha derrumbado parcialmente bajo la presión reformadora y por las dudas surgidas de su interior. Gradual o rápidamente, parecemos avanzar hacia un estado de ambivalencia respecto

a algunas de nuestras más grandes construcciones históricas: la Iglesia universal, la revolución igualitarista, el ideal de una sociedad socialista. Una ambivalencia comparable y tan profundamente arraigada como la anterior se manifiesta hoy en nuestra actitud hacia la ciencia, aun cuando las ciencias y sus aplicaciones usurpen cada vez más espacio en nuestras vidas. Pedimos a la ciencia tanto soluciones sencillas como transformaciones milagrosas de nuestra existencia. Simultáneamente, tememos lo que consideramos como los productos más elementales de la indagación científica. El examen de algunos ejemplos nos mostrará hasta qué punto van juntos nuestras esperanzas y nuestros temores; es decir, hasta

qué punto es difícil resolver nuestra ambivalencia hacia la ciencia.

Muchos mitos y leyendas, entre ellos el de la Esfinge, nos dicen que uno de nuestros temores más antiguos es al monstruo. La unión de partes diversas de especies diferentes, aun si sólo habita en la imaginación, se nos antoja una disonancia antinatural en una armonía general. El propio Diabolo muestra cuernos, cascos y rabo. La monstruosa criatura de Frankenstein se adelantó a los relatos de ciencia ficción de Philip K. Dick (y a la película *Blade Runner*, basada en una de sus novelas), en que “androides” fabricados en el laboratorio son virtualmente idénticos a los seres humanos y van sustituyéndonos gradualmente. En la historia de Dick

“The Electric Ant” (“La hormiga eléctrica”) (1969), el narrador descubre después de un accidente que él mismo es un androide. Abrumado, se autorrepara para funcionar durante unas cuantas horas de “vida” intensamente gratificante y después se suicida cortando su “cinta constructo abastecedor de realidad”. No puede soportar su propia monstruosidad. Sin embargo, las profundas y en cierto sentido monstruosas manipulaciones del ADN que contempla el Proyecto de Genoma Humano también se presentan como terapias deseables para enfermedades crueles. E igualmente el invasivo intercambio de partes corporales que exige el trasplante de órganos para salvar nuestras vidas. Las variedades híbridas de ciertos

cultivos parecen prometer inmensos beneficios. Las nuevas tecnologías nos están obligando a modificar nuestra idea de monstruosidad junto a nuestra idea de lo que es natural.⁵

¿Cómo definimos lo monstruoso?
¿Por la obra lograda o por el acto mismo del pensamiento que inicia la creación?
Y, ¿cómo definimos el acto humanitario, reparador y digno de una bella vida?

⁵ Roger Shattuck, *Conocimiento prohibido. De Prometeo a la Pornografía* (1998), Madrid, Santillana, 1998, pp. 264-265.

1818

Llegar al Polo Norte y encontrar el paso transoceánico que une el Atlántico y el Pacífico es la ambición del capitán Robert Walton. En la ciudad de Arcángel recluta a su tripulación, hombres a quienes reconoce como merecedores de confianza y sobre todo poseedores de un intrépido valor. Sin embargo, le escribe a su hermana para expresarle la soledad que siente porque ninguno de ellos puede percibir los sentimientos que su ambición reclama. Meses más tarde y en los helados mares árticos algo ocurre. El barco está inmovilizado, atrapado entre las placas de hielo. Un naufrago, o algo así, aparece sobre uno de los costados del buque. Asciende a la cubierta luego de asegurarse que el destino de aquellos marinos es el

Polo Norte. El 5 de agosto de algún año que desconocemos dentro del extenso siglo XVIII, el capitán Walton le escribe a su hermana Margaret para relatarle lo sucedido. Conocemos estos hechos por la publicación que Mary Shelley hiciera en 1818 de las cartas del Capitán Walton. De hecho, en ese escrito se transcribe el diálogo que mantuvo con su extraño e inesperado huésped, después de que hubiese descansado durante algunos días:

—Puede advertir fácilmente, Capitán Walton, que he sufrido desventuras enormes y sin par. Decidí una vez que el recuerdo de estos males moriría conmigo; pero usted me ha hecho modificar esa decisión. Busca el conocimiento y la sabiduría como antes los busqué yo; y espero

fervientemente que el cumplimiento de sus deseos no se transforme en una serpiente venenosa como ocurrió en mi caso. No sé si el relato de mis desventuras le será útil, pero, si así lo desea, escuche mi historia. Creo que los extraños incidentes que se desprenden de ella le darán un punto de vista de la naturaleza que quizá pueda enriquecer sus facultades y su entendimiento.⁶

A pesar de su situación desesperante, Víctor Frankenstein tiene la ilusión de que

⁶ You may easily perceive, Captain Walton, that I have suffered great and unparalleled misfortunes. I had determined, once, that the memory of these evils should die with me; but you have won me to alter my determination. You seek for knowledge and wisdom, as I once did; and I ardently hope that the gratification of your wishes may not be a serpent to sting you, as mine has been. I do not know that the relation of my misfortunes will be useful to you, yet, if you are inclined, listen to my tale. I believe that the strange incidents connected with it will afford a view of nature, which may enlarge your faculties and understanding

el conocimiento que Walton persigue no le infecte la sangre como le sucedió a él. Pero ¿qué significa este temor y en qué sentido la ambición de Walton es comparable a la de Frankenstein? Corremos el riesgo de condenar a la propia humanidad, a todas y cada una de las culturas que viven hoy y que han existido en el pasado. Los hombres de todos los tiempos y lugares han adquirido conocimientos y cada uno de ellos conllevaba lo incierto, lo contingente y posibles abismos. ¿Cómo darle un lugar a la inacción a la que nos empuja el miedo de Victor Frankenstein si eso significa ponerle fin a la propia existencia humana? ¿Será este miedo su verdadero monstruo y no la criatura que armó? ¿Acaso no es lo creado un reflejo de la humanidad mal cosida a su propia naturaleza? Somos parte del universo, estamos atados a sus

leyes. La química impone sus límites, la física nos rige, la biología golpea con su martillo evolutivo y sin embargo, a pesar de todo ello, podemos sentir cómo se agita lo anómalo en nuestra constitución animal, cuestión que Fernando Savater describe de la siguiente forma:

...Esa realidad que se muestra es la realidad de la muerte, cuya anticipación ciertísima constituye el elemento clave que funda nuestra conciencia humana.

A diferencia de los dioses o los seres inanimados, que no mueren, a diferencia de los animales, que mueren sin saber de antemano que van a morir, los humanos somos precisamente los únicos mortales, aquellos cuya vida transcurre siempre

cara a cara con la muerte. Para los mortales, la realidad de la muerte tiene una doble manifestación: como *riesgo* permanente y como *destino* final. Ante ambas la reacción espontánea es el miedo y después el olvido, la inconsciencia.⁷

Pero el dilema que enfrenta Walton es muy diferente a la angustia que desgarró el alma de Frankenstein, aunque ambos modelen el paisaje de lo inconmensurable. Llegar al Polo Norte no parece destejer los hilos fundamentales de la existencia personal y colectiva aunque el mundo cambie de forma profunda y significativa, tal como ocurriera con muchos viajes exploratorios del pasado. Walton no

⁷ Fernando Savater, *Tauroética* (2013), Buenos Aires, Ariel, 2010, p. 67

enfrenta el problema de los fines sino el de los medios. No se cuestiona su intención de conquistar la geografía del ártico sino su decisión por la forma de lograrlo porque no parece preocuparle la suerte de su tripulación. Si todos han de morir en la realización del destino que se impuso entonces así deberá ser. Lo importante es el logro, al precio que fuese.

Victor Frankenstein utiliza para su creación los cuerpos olvidados de los ajusticiados, práctica que nadie hubiese cuestionado en su tiempo. La formación de los médicos exigía cadáveres, por lo tanto se aceptaba que no todos los cuerpos podían descansar en paz en los cementerios, algunos debían agitarse bajo el escalpelo de los inquisidores de la anatomía. Frankenstein no mata para conseguir las partes con las que armar su creación. No es la práctica,

es la finalidad, es su deseo de derrotar a la muerte lo que ha envenenado su espíritu, al menos eso parece creer dada la advertencia que le hace al capitán. Lo persigue el fantasma de su pasión desbordada en la forma de una criatura enorme aunque es él quien intenta convertirse en el perseguidor de su obra. Pero es inútil, podrá destruirla pero su deseo no es personal, vive en la imaginación de muchos hombres. Otros lo volverán a intentar. ¿Por qué no deberían hacerlo?

Una década más tarde, el frío y la agonía se presentan con igual intensidad. Víctor Frankenstein, con la misma mirada, la del moribundo que desea abandonar toda forma de apego a la vida pero que sin embargo está obligado a mantenerse en pie para cumplir su último mandamiento, le vuelve a susurrar su máximo consejo a Walton, tal como lo hiciera en 1818. Con su voz agónica parece un hombre religioso que le advierte sobre una revelación apocalíptica pero que no es una maldición ni de dios ni del diablo, está en la mente del hombre, no de cualquiera, sino en la de aquellos que anhelan el progreso. Dios ya no puede guiarnos, ni con el temor ni con su saber ni con su supuesto amor porque, cómo fuese y por lo qué fuese,

castigó injustamente a Job y ya sabemos, al diablo mejor no convocarlo porque es más honesto que dios dado que el brillo del mal que crea no pretende ser la luminosidad del bien, por el contrario, goza de pintar el bien solo porque sabe que tenemos la certeza de que es el mal lo que se desenmascara. ¿Desea Víctor Frankenstein que nos guie la divinidad del temor a nuestro propio pensamiento? En el frío mundo del ártico, el creador, el artífice de lo viviente, aconseja una vez más al ambicioso capitán que lo rescató del hielo:

—Puede advertir fácilmente, Capitán Walton, que he sufrido desventuras enormes y sin par. Decidí una vez que el recuerdo de estos males moriría conmigo; pero usted me ha hecho modificar esa decisión. Busca

el conocimiento y la sabiduría como antes los busqué yo; y espero fervientemente que el cumplimiento de sus deseos no se transforme en una serpiente venenosa como ocurrió en mi caso. No sé si el relato de mis desastres le será útil, pero, cuando pienso que usted está siguiendo el mismo curso, exponiéndose a los mismos peligros que me han convertido en lo que soy, imagino que podrá deducir de mi relato una moraleja pertinente; una que pueda orientarlo en su emprendimiento si triunfa o consolarlo si fracasa.⁸

⁸ You may easily perceive, Captain Walton, that I have suffered great and unparalleled misfortunes. I had determined, at one time, that the memory of these evils should die with me; but you have won me to alter my determination. You seek for knowledge and wisdom, as I once did; and I ardently hope that the gratification of your wishes may not be a serpent to sting you, as mine has been. I do not know that the relation of my disasters will be useful to you ; yet, when I reflect that you are

Víctor Frankenstein, el creador de lo viviente, el mismo demiurgo de la primera publicación hecha en 1818 es el que emprende la última y definitiva persecución en la edición de 1831 para dar fin a un relato que se trastoca en mito y en donde la advertencia y la reflexión que le dirigiera a Walton “sobre los extraños incidentes” de su historia “que pueden enriquecer sus facultades y entendimiento” se constituye en una inquebrantable moraleja, en un mandamiento, para afrontar los riesgos del conocimiento. O tal vez solo sea una forma más profunda de terror hacia el saber humano, en particular el que se hace bajo el imperativo de las buenas intenciones.

pursuing the same course, exposing yourself to the same dangers which have rendered me what I am, I imagine that you may deduce an apt moral from my tale ; one that may direct you if you succeed in your undertaking, and console you in case of failure.

Puede que este terror sea exagerado e imposible de sostener en su hondura pero no por ello es legítimo ignorarlo.

El vencedor de la muerte

Ha transcurrido más de un siglo desde que el destino del creador y su criatura se fusionaran en un final donde la vida del hombre no es posible. Pero la preocupación por el dolor y el intento por vencerlo que motivaron a Víctor Frankenstein no ha cedido terreno. De hecho cambiarán los padecimientos, se transformarán sus sentidos pero, suceda lo que haya de ocurrir no es posible que el fantasma de su presencia desaparezca del horizonte humano porque el deambular de su sombra nos constituye. Así lo determinó Prometeo cuando le robó el fuego a los dioses para forjar al hombre porque el modelaje que inició de la criatura humana solo finalizó con la llegada de Pandora portando su caja con todos los males y la ciega esperanza.

Pero, ¿debemos aceptar con resignación los padecimientos que tal vez podríamos evitar? La respuesta es una rebelión contra la fatalidad dada por los dioses o la naturaleza, pero a condición de aceptar como advertencia, no como mandamiento o moraleja, la desgracia del protagonista de la novela de Mary Shelley porque no hay una respuesta precisa a los interrogantes sobre qué estamos dispuestos a crear y ejecutar con tal de vencer las dolencias y sufrimientos que nos aquejan.

Robert Koch inició su vida como médico en un pequeño poblado rural en el distrito de Wöllstein. Su fama se cimentó con el descubrimiento de la bacteria responsable de la tuberculosis hoy conocida como bacilo de Koch. Con sus estudios sentó las bases de la microbiología moderna, campo donde la

medicina ha tenido logros asombrosos al curar enfermedades que sumieron en la angustia a hombres y mujeres de culturas diferentes y de tiempos distantes. De hecho, fue también Robert Koch quien aisló e identificó el microorganismo responsable de las epidemias de cólera. Aunque murió en 1910, lo podemos ver en 1939, con el elegante aspecto de un hombre del siglo XIX, dando un sentido discurso a jóvenes estudiantes de medicina que celebran sus logros:

No me resulta fácil expresarme en este momento. Estoy avergonzado. Han dicho que mi trabajo tiene gran mérito. Solo cumplí con mi deber y recibí por ello una satisfacción como nunca había soñado. Déjenme hablarles de la complacencia del

trabajo y de la fe en la renovación de nuestro saber gracias al eterno espíritu investigador del hombre. Todos somos mortales y podemos equivocarnos pero nada debe impedirnos cumplir con nuestro deber, con nuestra exclusiva dedicación: aliviar el dolor de la humanidad; ser médico y consuelo de la humanidad. Nuestra tarea no tiene nada que ver con el esplendor de la celebridad. Es silenciosa y anónima como las víctimas que perecen en el camino. Quizá los jóvenes me entiendan si les digo que no existe vida ni progreso hacia grandes metas sin víctimas. Pero sé que la grandeza y la bondad pervivirán en vosotros, en vuestro espíritu, en vuestros jóvenes corazones. Y si la antorcha del saber se nos escapase de las manos, recogedla,

levantadla bien alto y que ella os guie
en nuestro prometedor porvenir.⁹

Finaliza su alocución y los aplausos
quiebran la quietud de quien no haya
escuchado con atención. “Robert Koch”
es reconocido como el vencedor de la
muerte.

⁹ Koch. *El vencedor de la muerte (Robert Koch, der Bekämpfer des Todes)*, película dirigida por Hans Steinhoff. Alemania, 1939.

Salvarsán

Tan solo unos meses atrás, Alemania había invadido Polonia dando comienzo a la Segunda Guerra Mundial. Ahora era Francia la que caía bajo el poder de la Wermacht. En tanto, en el juicio que se celebra en Berlín antes de la Primera Guerra Mundial, “Emil Von Behring” da un sentido testimonio sobre el salvarsán, el primer agente químico sintetizado para el uso terapéutico contra una enfermedad infectocontagiosa. El preparado número 606, el arsénico que salva, había sido desarrollado por Paul Ehrlich y parecía actuar con cierta eficacia sobre la sífilis aunque también eran evidentes algunas significativas complicaciones asociadas al tratamiento. Pero la razón del juicio no son esos riesgos médicos. Lo inició el

propio “Ehrlich” para evitar ser difamado por quienes se oponen al uso del 606. Sabe que esta oposición no se debe a los defectos terapéuticos del medicamento. Apuntan contra el salvarsán pero para condenarlo a él por razones de celo personal.

Todos escuchan con ansiedad la primera pregunta que se le hace a “Von Behring” quien debe declarar como experto médico. Esperan que su respuesta sea el tiro de gracia que termine con todo el asunto y envíe al salvarsán y a su descubridor al averno de los grandes errores médicos. Sin embargo, la esperanza en el futuro no puede disgregarse. Además, “Emil von Behring” cree en el progreso. Tal vez por ello no toma el camino que parecía trazado por la defensa y elige con cuidado sus dichos

para iluminar la decisión con el peso de la razón y el conocimiento. Sus palabras son emotivas, aunque afuera, lejos de la luz protectora que anima las imágenes de los doctores debatiéndose contra el dolor de la enfermedad, en las agitadas calles de Europa, se vean cada vez más esvásticas.

En la corte “Behring” responde a las requisitorias del juez quien comienza con el interrogatorio:

-En términos científicos, ¿se puede probar, sí o no, que el 606 puede ocasionar curaciones duraderas?

-Solo el tiempo puede probar la verdad.

-En su opinión, ¿las 38 muertes producidas son debidas al 606?

-En mi opinión lo son.

-Si no se puede atribuir ninguna

cura al 606 entonces, ¿solo ha causado 38 muertes?

De forma inesperada Emil von Bhering interrumpe al juez para corregir el número.

-Son 39.

-¿39? ¿Conoce otro caso de muerte?

-Sí, la sífilis. La muerte de la propia sífilis.

-Pero usted ha vilipendiado la teoría de Ehrlich- No es el juez quien se expresa contrariado sino el abogado de la defensa que está sorprendido por el giro que toman las palabras de quien debía ser su testigo de cargo.

-Sí, así es. Pero el deber de la ciencia es ante todo establecer la verdad. Reconocer un error no es motivo de vergüenza. Después de haber leído el artículo del Dr. Wolfert

decidí investigar. Durante seis meses he estudiado cientos de casos y ahora estoy totalmente convencido de que el 606 es un éxito completo.

Wolfert, quien está siendo acusado por difamar a Ehrlich se exalta frente a lo que parece percibir como una traición que lo llevará a la condena. Con impertinencia interrumpe la alocución de Behring.

-¿Qué está diciendo profesor?

-Digo que estoy convencido de que el 606 es la cura, incluso aunque queden dudas sobre su poder terapéutico porque lo que sí ocurre con total certeza es que el 606 detiene a los gérmenes infecciosos. Los individuos en tratamiento dejan de ser contagiosos y si no hay más transmisión de la infección, la

enfermedad desaparece. Es verdad que 38 personas han muerto a causa del 606 pero es necesario considerar estas muertes como sacrificios, mártires en pro del bien público y si diez o cien veces más individuos hubiesen muerto continuaría diciendo que es algo bueno porque únicamente gracias al 606 se ganará la lucha contra esta terrible enfermedad.¹⁰

No hay aplausos, solo el brillo de la mirada de dos hombres, “Paul Ehrlich” y “Emil von Behring” que han recuperado en la memoria sus mejores sueños como médicos, aquellos que buscan aliviar el dolor y el sufrimiento aunque para lograrlo haya que habitar con fantasmas de mártires.

¹⁰ *La bala mágica del Dr Ehrlich (Dr. Ehrlich's Magic Bullet)*. Película dirigida por William Dieterle. Estados Unidos, 1940.

Víctimas y mártires

En sus discursos, dados por razones distintas y para públicos muy diferentes, “Robert Koch” y “Emil von Behring” parecen aceptar que algunos deben morir para que otros se puedan salvar. Es como si Víctor Frankenstein les estuviese susurrando desde el pasado, antes de su prometeico experimento, que solo es posible vencer a la muerte, esa vil abstracción encarnizada sobre vidas concretas, bajo el imperativo impuesto por las agonías particulares, esas que suceden por mandato de la naturaleza o por accidente, o por violenta crueldad. Esas muertes, esas víctimas y mártires, darán los cadáveres que desmembrados y rearmados serán dotados de un nuevo ánimo para que, en algún tiempo

futuro, un mismo y único cuerpo pueda volver a la vida. Entonces, ya no habrá más sacrificios ni tribulación. Pero el murmullo de la voz de Frankenstein no resuena de la misma forma en el pensamiento de “Koch” y en el de “von Behring” porque no son ciertamente ellos quienes hablan aunque sus palabras parezcan similares.

No es “Robert Koch” sino Emil Janning quien proclama que “no existe vida ni progreso hacia grandes metas sin víctimas”. Con la máscara del célebre descubridor del bacilo de la tuberculosis, sostiene que la función de su saber es “aliviar el dolor de la humanidad; ser médico y consuelo de la humanidad”. Pero, ¿es acaso la humanidad un espacio en donde pueden vivir los hombres y las mujeres particulares o solo es el lugar de

una abstracta grandilocuencia donde la ética se disuelve y la vida se disgrega? ¿No es en la animación de su criatura que Víctor Frankenstein intenta salvar a la humanidad de la muerte pero condena a su pequeño hermano, a Henry Clerval, a Elizabeth Lavenza y a Justine Moritz a morir de forma prematura? La literatura no es un juego de ficción, tampoco lo es el cine. La película de Hans Steinhoff, *Robert Koch, el vencedor de la muerte* fue filmada en la Alemania nazi en 1939 bajo la perspectiva de promover una visión del mundo, aquella en donde se debía preservar la pureza de la etnia, por fuera de ella no hay humanidad, solo hombres degradados. Aquí las víctimas son quienes no debieran morir, son aquellos a los que la investigación médica debe beneficiar, son miembros del “volk”, no son todos.

Las palabras que enuncia “Robert Koch” en el celuloide excluyen a aquellos que han de ser exterminados para evitar la degradación genética porque son parásitos y por ello no pueden ser víctimas.

No es “Emil von Behring” el que habla sino Otto Kruger, el actor alemán que lo encarna en la película de William Dieterle *La bala mágica del Dr. Ehrlich*. Con la autoridad de sus logros médicos, entre los que se incluye el tratamiento con antisuero de la difteria, sostiene que a los 38 muertos debidos al salvarsán se los debe considerar “como sacrificios, mártires en pro del bien público” y para que no quede duda alguna sobre el sentido de estas palabras agrega que: “si diez o cien veces más individuos hubiesen muerto continuaría diciendo que es algo bueno (...).”

Pero los mártires y sacrificados de

“Behring” son distintos a las víctimas de “Koch” porque son hombres y mujeres cualesquiera que mueren tratando de encontrar el remedio o el alivio a las dolencias que padecen, que se entregan a la esperanza del imperfecto y falible saber que a veces cura, pero otras no, por mucho que se estudie e investigue. Que confían en médicos que no pierden la mirada de quien no quiere quedar desamparado. Están lejos de ser los grandiosos hombres inmolados bajo el yugo de las ideas que prometen la trascendencia o sometidos al compromiso de aportar a un mundano y ambiguo bien público. La diferencia entre los dos discursos se aprecia con claridad en la muerte de dos jóvenes allegados a ambos médicos. Uno de ellos es un veinteañero delgado que le pregunta por su condición al doctor que acaba de examinarlo y quien

no es otro que “Paul Ehrlich”. Recibe una respuesta que debería tranquilizarlo y, sin embargo, sabe que lo dicho es falso porque los ojos del médico miraron hacia el abismo de la mentira piadosa cuando los suyos intentaron leer la sinceridad de sus palabras. Con desazón, el joven se cubre tras una cortina para vestirse. La consulta terminó. Ahora, donde nadie ve, lo gana la desesperanza que le impone la enfermedad. Poco después se desploma bajo la acción de su propia mano. Es el dolor de esta muerte particular, no el bien de un abstracto género o una singular nación, lo que empuja a “Paul Ehrlich” a la búsqueda de un tratamiento efectivo para la sífilis y a “Behring” a enunciar sus controvertidas palabras.

En un mundo distinto, uno que se proyecta con menos grises y donde

domina el duro contraste heredado del expresionismo alemán, otro joven agoniza. Sus últimas noches, antes de caer enfermo, habían sido difíciles y agotadoras. Sólo faltan algunas horas para que “Koch” revele su crucial descubrimiento sobre la tuberculosis. Fritz le solicita a “Koch” que vaya a descansar, que él va a cuidar de los cultivos y preparados necesarios para la presentación en la que habrán de revelar la naturaleza del agente causante de tan temida enfermedad. “Koch” se despide de su joven colaborador pero no sin manifestarle una extrema preocupación por lo desmejorado de su estado físico, aunque suponga que esto es fruto del exceso de trabajo de las últimas semanas. Exclama para sí mismo: “a partir de mañana tendrá un nueva vida”. Pero Fritz padece de una tuberculosis que contrajo

durante el trabajo con el que lograron aislar el bacilo que la produce. Falta poco para el inicio de la conferencia y la verdad le es revelada a “Koch” por Elsie, la novia de Fritz. No hay opción. En ese mismo momento lo internan. Se queda solo. Mientras la tos y la fiebre marcan el fin de su vida, “Koch” inicia su exposición. Pero lejos de la tristeza, la muerte de Fritz se revela excelsa y deseada bajo una música angelical y una luz que lleva el aura de la divinidad porque él no es cualquier humano, es la honrada y gloriosa víctima del volkish alemán que “Robert Koch” glorifica y honra con sus palabras.

Es un viejo asunto el que estamos considerando. Es la cuestión de los fines y los medios que suelen entrelazarse de manera tan complicada que la más de las veces se hace difícil discernir

sobre la legitimidad de lo que se propone. “Behring” sostiene que un fin loable admite medios cuestionables aunque es claro que los mártires que considera no son conejillos de indias sino personas que padecen una dolencia y que recurren a un tratamiento que se sabe riesgoso y muchas veces ineficaz pero que es su única posibilidad para contener a la enfermedad. “Koch” plantea un fin diferente en el cual ya no importa la historia personal, los dolores singulares. Lo que está en juego, lo que interesa, lo que con indubitable certeza vale es el destino del pueblo. La víctima ocupa entonces un lugar de gloria. Los otros, a quienes ni se nombra, devendrán en “untermenschen”, los subhumanos definidos por el nazismo sobre los que se podrá experimentar sin ningún límite. Como consecuencia, todo medio pasa a ser lícito bajo el ideal de un

fin que trasciende lo humano marcado por el ideal de la perfección.

¿Por dónde transita Víctor Frankenstein?

La muerte de su madre por la escarlatina que contrajera mientras cuidaba a su prometida Elizabeth Lavenza desgarró su interior:

Murió en paz y su rostro expresaba afecto hasta en la muerte. No necesito describir los sentimientos de aquellos cuyos lazos más queridos son desgarrados por el mal más irreparable, ni el vacío que se introduce en el alma ni la desesperación que desfigura el rostro. Pasa mucho tiempo antes de que el espíritu logre convencerse de que una persona a la que veíamos todos los días y cuya existencia parecía parte de

la nuestra, puede haber desaparecido para siempre; que se puede haber apagado la luz de unos ojos tan amados, y que el sonido de una voz tan familiar y querida pueda enmudecer y no volver a escucharse nunca más. Estas son las reflexiones de los primeros días; pero cuando el tiempo confirma la realidad del mal, entonces comienza la verdadera amargura del dolor.¹¹

Su padecimiento es personal. Se proyecta e identifica en el sufrimiento

¹¹ She died calmly; and her countenance expressed affection even in death. I need not describe the feelings of those whose dearest ties are rent by that most irreparable evil, the void that presents itself to the soul, and the despair that is exhibited on the countenance. It is so long before the mind can persuade itself that she, whom we saw every day, and whose very existence appeared a part of our own, can have departed for ever — that the brightness of a beloved eye can have been extinguished, and the sound of a voice so familiar, and dear to the ear, can be hushed, never more to be heard. These are the reflections of the first days; but when the lapse of time proves the reality of the evil, then the actual bitterness of grief commences.

de otros pero no se disuelve allí. Sigue amarrado a la forma particular de su madre. No pierde su anclaje y su singularidad, no se deshilacha en el abstracto sentir atribuido a una inasible humanidad. Aunque no puede resignarse frente a la muerte comprende los límites de la acción humana y no intenta domeñar su dolor imponiéndoselo a los demás. Poco después de su lamento sostiene:

 Mi madre estaba muerta pero aun teníamos obligaciones que cumplir; debemos continuar nuestro camino con los otros y aprender a considerarnos afortunados cuando queda uno que la parca no atrapó.¹²

¹² My mother was dead, but we had still duties which we ought to perform; we must continue our course with the rest, and learn to think ourselves fortunate, whilst one remains whom the spoiler has not seized.

Es el momento de partir, de dejar la casa paterna, de despedirse de Elizabeth y de su amigo Henry Clerval para ir hacia Ingolstadt donde podrá formarse como médico. Pero una vez allí, en aquella célebre universidad bávara e inspirado por alguno de sus brillantes profesores, entre los que se destaca Waldman, su perspectiva sobre la vida y la muerte mutará. La inevitable batalla humana que comenzara en los campos de su mente, y a la que el cuerpo inerte de su madre lo obligase, se encarama ahora sobre un glorioso pedestal de pensamientos regidos por un cierto idealismo que lo empuja al acto creador que no parece propio de un hombre sino de un demiurgo, que no solo lo lleva a despreciar la angustia que se siente en los cementerios sino a deleitarse con tal repulsa:

La oscuridad no tenía efecto en mi imaginación; para mí un cementerio no era más que un depósito de cuerpos sin vida que luego de perder su fuerza y su belleza se habían convertido en alimento de gusanos. Ahora debía examinar las causas y el progreso de esta descomposición y pasaba días y noches en bóvedas y osarios. Fijé mi atención en aquellos objetos más repugnantes para la delicadeza del sentimiento humano. Vi cómo se degrada y deshace la bella forma del hombre; observé la corrupción de la muerte que sustituye la germinación de la vida; vi cómo el gusano hereda las maravillas del ojo y del cerebro. Examiné y analicé todos los detalles de la casualidad, tal como se ilustra en el cambio de la

vida a la muerte y de la muerte a la vida, hasta que de esa oscuridad una súbita luz se proyectó sobre mí, una luz tan intensa y maravillosa, pero tan simple, que me sentí mareado por la inmensa perspectiva que iluminaba y a la vez sorprendido por el hecho de que fuera yo, entre tantos hombres de genio que investigaron en la misma ciencia, el único al que le estuviera reservado descubrir un secreto tan asombroso.¹³

¹³ Darkness had no effect upon my fancy; and a church-yard was to me merely the receptacle of bodies deprived of life, which, from being the seat of beauty and strength, had become food for the worm. Now I was led to examine the cause and progress of this decay, and forced to spend days and nights in vaults and charnel houses. My attention was fixed upon every object the most insupportable to the delicacy of the human feelings. I saw how the fine form of man was degraded and wasted; I beheld the corruption of death succeed to the blooming cheek of life; I saw how the worm inherited the wonders of the eye and brain. I paused, examining and analysing all the minutiae of causation, as exemplified in the change from life to death, and death to life, until from the midst of this darkness a sudden light broke in upon me a light so brilliant and wondrous, yet so simple, that while I became dizzy

Se despiertan en su mente sentimientos de exaltación que agitan las peligrosas aguas de la pleonexia. Comparece ante el tribunal de sus recuerdos, pero no lo hace con el temor de quien va a ser condenado sino con la complacencia y el orgullo de quien aborda lo sublime:

La perplejidad que primero sentí ante el descubrimiento pronto dejó lugar al placer y el entusiasmo. Después de tanto tiempo invertido en una ardua labor, llegar al fin a la cima de mis aspiraciones fue la recompensa más gratificante de tantos desvelos. Pero el descubrimiento

with the immensity of the prospect which it illustrated, I was surprised that among so many men of genius, who had directed their inquiries towards the same science, that I alone should be reserved to discover so astonishing a secret.

era tan enorme y abrumador que todos los pasos que me habían conducido progresivamente hasta él desaparecieron y solo contemplaba el resultado. Lo que había constituido el estudio y el deseo de los hombres más sabios desde la creación del mundo, estaba ahora ante mí.¹⁴

Brazos, piernas, torsos, cuerpos fragmentados, partes para ser ensambladas, cosidas y animadas. No hay hombres ni nombres. No hay historia ni memoria.

¹⁴ The astonishment which I had at first experienced on this discovery soon gave place to delight and rapture. After so much time spent in painful labour, to arrive at once at the summit of my desires, was the most gratifying consummation of my toils. But this discovery was so great and overwhelming, that all the steps by which I had been progressively led to it were obliterated, and I beheld only the result. What had been the study and desire of the wisest men since the creation of the world, was now within my grasp.

No hay mártires ni víctimas, ni justos, ni indignos, ni delirantes, ni cuerdos, ni críticos, ni racistas, ni bondadosos, ni crueles. Como ocurriera con la arcilla para el amasado del Golem, los cuerpos de quienes fueron y vivieron son ahora materia prima necesaria para un crucial experimento. Frankenstein no pretende deshacer lo que la muerte ha hecho. No pretende volver a la vida a quien murió. No es el cadáver de su madre el que le duele y lo llama a la compasión y al recuerdo. No son ni la tristeza ni la melancolía. No es el deseo de regresarla. Lo guía el desborde de la creación de un ser humano sin biografía. Lo anima el poder de dar movimiento a la máquina biológica. El dolor personal se ha diluido como finalidad de sus preocupaciones para trastocar el sentido de su esfuerzo hacia

una abstracción que no puede pensar a los seres humanos particulares. Es por ello que solo podrá armar una forma humana sin historia. Su creatura podrá hablar, pensar y sentir con una profundidad y amabilidad poco comunes, pero la vida le será esquiva. Surgió de la muerte y por ello concluye dando muerte, más allá de su bondad primigenia. No es por elección que acomete sus crímenes, aunque sus reflexiones así lo hagan parecer. Es el mandato que lleva amarrado a su alma y que es tan pesado y cruel como los grilletes que aprisionan y hunden la vida de los esclavos. Pero los suyos no están forjados con hierro sino con el inasible poder de una razón que no reconoce fronteras, esa que lo condenó a un mal origen y al padecimiento del abandono.

En el frío del Ártico, quien fue creado

a imagen y semejanza del hombre se confiesa ante Walton:

Pero es verdad que soy un maldito. Asesiné al amable y al indefenso; maté a los inocentes mientras dormían y estrangulé la garganta de quien no me había agredido ni a mí ni a nadie. A mi creador, el ejemplar más selecto de todo lo que suscita amor y admiración entre los hombres, lo consagré a la desdicha; y lo perseguí incluso hasta esta ruina. Aquí yace pálido y frío por la muerte. Usted me odia, pero su aborrecimiento no puede igualar al que siento por mí mismo. Miro las manos que cometieron el crimen; pienso en el corazón donde fue concebida su posibilidad; y ansío el momento en que mis ojos ya no vean esas manos

y en que el crimen ya no ocupe mis pensamientos.¹⁵

Frankenstein, no el creador que yace muerto sino la creatura animada, continúa con sus reflexiones. Anuncia su fin, imagina su cuerpo consumiéndose por el excelso fuego purificador que terminará con sus especulaciones, con su ira y frustración, con sus inapelables juicios y con sus dolorosas introspecciones. Pero no sabemos si efectivamente así sucedió porque ninguno de los marinos lo testifica, ninguno de ellos

¹⁵ But it is true that I am a wretch. I have murdered the lovely and the helpless; I have strangled the innocent as they slept, and grasped to death his throat who never injured me or any other living thing. I have devoted my creator, the select specimen of all that is worthy of love and admiration among men, to misery; I have pursued him even to that irremediable ruin. There he lies, white and cold in death. You hate me; but your abhorrence cannot equal that with which I regard myself. I look on the hands which executed the deed; I think on the heart in which the imagination of it was conceived, and long for the moment when they will meet my eyes, when it will haunt my thoughts, no more.

logró ver el fulgor del hombre que, hilvanado con un saber secreto, se quema sobre las frías aguas polares. Tal vez porque nadie pueda ver morir a la creatura. Ya no es un humano cosido, armado y vuelto a la vida, es como Prometeo el Titán que lo inspira y cuyo hígado devorado se regenera una y otra vez. Frankenstein es ahora un ser mitológico, una figura que nos advierte sobre los grandiosos sueños humanos que pretenden negar la muerte porque en esas desenfrenadas aspiraciones de inmortalidad vive el cruel mandato que le niega la vida a los hijos.

La determinación de Walton

*Cuando las suaves voces mueren,
su música aún vibra en la memoria;
cuando las dulces violetas enferman,
su fragancia se prolonga en los sentidos.*

Percy Bishee Shelley

Prometeo

Víctor Frankenstein, no logra vencer a la muerte; por el contrario, la provoca. Muere su familia, su prometida y su amigo. La criada de su casa paterna es ajusticiada y muere él, tras lo cual debe hacerlo su creación. Sin embargo, su sueño permanece bajo otras formas, otros modos. Lo hace amarrado a la bella máscara que ofrecen los actuales logros tecnológicos que Mary Shelley ni siquiera

pudo vislumbrar. Ya no son necesarios los cadáveres ni se debe recorrer el inframundo de la descomposición biológica para encontrar la forma humana que aún no fue mellada ni corrompida. En el sueño actual, el cuerpo es otro y tiene la perfección de los objetos fabricados. Es una nueva dimensión, un giro del sueño prometeico que logra disolver cualquier atisbo de terror o espanto para constituirse en un modo de éxtasis amasado en el ilusorio barro de lo que suponemos nos será posible lograr. Tal vez sean las palabras de Günther Anders las que mejor expresen esta aspiración técnica:

Creo que hoy por la mañana he descubierto una nueva parte púdica, un motivo de vergüenza, que no se dio en el pasado. De momento para mí lo

llamo *vergüenza prometeica*, con ello me refiero a la vergüenza ante las cosas producidas (por nosotros), cuya alta calidad “avergüenza”.¹⁶

La vergüenza prometeica se expande en el deseo de ser fabricados, reparados, de permanecer con el brillo original, de cumplir con el sueño de Víctor Frankenstein: “muchas criaturas felices y excelentes me deberían su ser”. Está en la ilusión de no temerle a la muerte porque allí estará la técnica que podrá devolver la vida, la que podrá reparar lo dañado, la que será capaz de reemplazar y ensamblar las partes defectuosas. Si tememos a la enfermedad y el fin de la existencia nos es angustiante entonces qué importa la

¹⁶ Günther Anders, *La obsolescencia del hombre* (2011), Valencia, Pre-Textos, 1950 p.39.

vergüenza si ella nos impide ir hacia los saberes donde el miedo y el dolor quedarán sepultados. De hecho, ¿qué valor tiene preservar nuestra naturaleza si en ella están inscriptos padeceres que no podemos disolver? ¿No deberíamos tener el valor de traspasar la frontera tal como lo hizo Víctor Frankenstein o hacerlo como sucedió en Sudáfrica cuando, a mediados de la década de 1960, Christiaan Barnard trasplantó el corazón de Denise Darvall a Louis Washkansky? Estas preguntas agitan las emociones tanto que generan el deseo de destruirlas, de matarlas como si estuviesen vivas, como si fuesen un parásito que nos atrapa y debilita. Pero dejemos el estupor, incluso la posible ira, para reflexionar sobre sus sentidos. Si pudiéramos tener un corazón artificial, eficaz y duradero, ¿no sería preferible

esta opción a la dada por la espera de un corazón biológico proveniente de alguien que debió morir y que nos obliga a un tratamiento específico y complejo para evitar el rechazo? Una vez que esto ha sucedido, lo cual es absolutamente legítimo y razonable, ¿no debemos hacerlo con el paso siguiente? Lo que es válido para el corazón debe serlo para cualquier otro órgano incluso si es necesario reemplazar en simultáneo varios de ellos o todos. Y lo que vale para el medio interior debe valer para cada parte del cuerpo, piernas, brazos, rostro... Y por qué habríamos de excluir al cerebro al que podemos considerar una gran maquinaria electroquímica de procesamiento de datos. Y si pudiésemos replicar, como último acto terapéutico que cure todos los dolores y venza a la muerte, nuestra vida psíquica en un sustrato

material reparable distinto de la base neuronal que todavía nos caracteriza, ¿por qué no habríamos de hacerlo? Pero esto implica la construcción de una identidad corporal diferente, es el cuerpo robótico, brillante, perfecto y reparable, es el sueño transhumanista que sedujo a Frankenstein solo que a él le fue imposible resolverlo por fuera de la idea de un cuerpo biológico vuelto a la vida. Un hilo continuo nos lleva de la cura a la “mejora” y en definitiva a la pregunta: ¿es esto el fin de lo humano? ¿Acaso importaría si es así? El hombre es una anomalía, no es un dios, es mortal e imperfecto, no es un animal, sabe de su finitud y sus padeceres. El hombre es una quimera. Proviene del mundo natural que lo somete a su implacable legislación y sin embargo no se resigna a ello. Entonces, ¿por qué no dar el paso

final y disolver la forma monstruosa de lo que no somos, ni dioses ni bestias? ¿Por qué no dejar libre al sueño transhumanista y concluir lo que Frankenstein no pudo finalizar? ¿Acaso nos produce espanto renunciar a nuestra humanidad? O ¿es que el sueño frankensteiniano y la ilusión transhumanista llevan en su corazón la contradicción de querer conquistar el cielo sin abandonar la imperfecta tierra? Porque la gran paradoja que lastima el sueño de este trascender es la pretensión de que lo humano persista sin el dolor y sin la muerte lo que no parece posible. Según Hannah Arendt:

La condición humana es tal que el dolor y el esfuerzo no son meros síntomas que se pueden suprimir sin cambiar la propia vida; son más bien

los modos en que la vida, junto con la necesidad a la que se encuentra ligada, se dejan sentir. Para los mortales, la “vida fácil de los dioses” sería una vida sin vida.¹⁷

Entonces, ¿por qué no asaltar de manera definitiva la ciudadela de lo humano para disolverla? ¿Por qué no anhelar la existencia de una forma de vida consciente que no tenga que sufrir las angustias de una naturaleza falible y finita, aunque poco tenga que ver esto con la forma de lo humano? Tal vez sea preferible que el hombre dejara de existir para dar paso a un ser de mayor perfección. Sin embargo, no es esto lo que se desea. Lo que se anhela en el sueño prometeico heredado de la

¹⁷ Hannah Arendt, *La condición humana* (1993), Barcelona, Paidós, 1958, p. 129

creación frankensteiniana es un imposible porque su corazón late bajo el impulso de una insalvable contradicción que supone que las formas transhumanas podrían llevar alguna huella mnémica que conservaría la esencia de lo humano. ¿Qué significa esta aspiración? ¿Hay alguna esencia que defina lo humano? Este también puede ser un viejo sueño quebrado porque lo único que parece marcar el sendero por donde transitan los hombres es el de la incompletitud, que como ya sabemos consiste en haber sido expulsados del paraíso animal para no poder ingresar en el paraíso de lo divino. Es en la fusión de la conciencia y la mortalidad la forma en la que recorreremos nuestra existencia. Por fuera de esa condición no hay humanidad. Por fuera del recuerdo de esa condición no hay memoria del hombre. Puede que de todas formas aspiremos al fin

de esta existencia marcada por el padecer de la enfermedad y el fin del existir pero al menos deberemos reflexionar sobre lo que ello significa. El sueño de Víctor Frankenstein de vencer a la muerte y a los dolores no va a encarnarse en una forma de trascendencia de lo humano hacia la perfección sino en el fin del hombre. No hay humanidad por fuera de los límites de la finitud. Para Frankenstein no hubo elección porque solo esperaba el bien y no pudo imaginar otras posibilidades. Por ello el deseo se le impuso como un hecho técnico que debía realizarse sin mayor reflexión. Pero Walton sí conoce el drama del acto creador de lo eterno porque fue el propio demiurgo caído quien se lo narró y es por ese mismo relato que sabe debe tomar una decisión. La inmortalidad que imaginó para su hazaña de llegar al Polo Norte solo

es posible con la muerte de muchos de los marinos que lo acompañan. Muertes que dejarán sembrado un dolor en quienes los esperan de regreso. Walton debe decidir si conquistar su cielo o salvar la vida de los hombres que lo acompañan. De hecho hay otro navegante, de un mítico pasado, que como él debió optar por la inmortalidad y sin embargo renegó de ella tal como lo relata Alonso Burgos:

Ulises regresa de las más famosas de sus aventuras rescata a sus compañeros del encantamiento y se echan de nuevo al mar para seguir su viaje a Itaca. Pero el infortunio los persigue (las Sirenas, las vacas de Helios, Escila y Caribdis) y todos, excepto Ulises morirán en el camino. Solo nuestro héroe se salva porque,

tras el último naufragio es acogido por la ninfa Calipso, divina entre las diosas, en su isla de Ogigia.

Siete años lleva ya nuestro héroe viviendo en Ogigia como amante de la hermosa Calipso, la cual perdidamente enamorada, le regala todos los placeres que pueda desear un hombre o un dios. Pero el corazón de Ulises está triste porque añora a los suyos: quiere volver a abrazar a su mujer y a su hijo y a cultivar sus campos. Calipso le ofrece entonces el mayor de los regalos si acepta seguir a su lado: la inmortalidad. Ulises, que ha visitado el País de la Muerte y que sabe el triste destino que le aguarda no duda sin embargo ni un solo instante: prefiere vivir, envejecer y morir junto a los suyos, compartiendo con ellos

el mismo destino, que ser un inmortal y perder por ello su condición de hombre.

Ulises, el viajero de las islas, el trapacero que se hace llamar Nadie para no tener que pagar sus facturas, es el más humano de los héroes clásicos. Nadie como él ha sabido representar el *ethos* de Occidente, esencialmente vitalista y soñador, intelectualista y mañoso. Su amor por la vida y por la aventura es una permanente lección para nosotros; una lección, empero, de la que nunca debemos olvidar su mejor enseñanza: ninguna promesa de inmortalidad se puede comparar a la luz del regreso.¹⁸

¹⁸ Jesús Alonso Burgos, *Teoría e historia del hombre artificial* (2017), Madrid, Akal, p.340.

Pero Penélope pudo haber muerto, su hijo también y puede que su campo haya sido arrasado por la sequía. No es acaso el regreso una vana ilusión. ¿Por qué no elegir la inmortalidad? Tal vez Ulises sabe que el retorno no significa ver la vieja tierra, volver a sostener la pisada sobre el suelo polvoriento, ver a quienes nos esperan. Sabe que el regreso es la ilusión de ver la vieja tierra, el sueño de pisar el suelo polvoriento y la quimera de ver a quienes nos esperan. La vida, ¿no es nuestra imaginación? ¿No son nuestras fantasías y deseos los que marcan el ritmo de nuestra existencia aunque jamás lleguen a cumplirse? Es posible que no debamos conquistar inmortalidad alguna sino darle un momento a esos ensueños, mitos, invenciones y relatos. No se trata de llegar a las supuestas costas de lo perenne

sino de navegar sabiendo que no hay playa donde nuestra biología pueda permanecer por siempre. Solo la imaginación es la que da y la que sostiene la vida del hombre como eternidad.

Humanos

Tras oír el relato de Víctor Frankenstein, a Walton le debió parecer que el dominio de la muerte era un hecho tan real como el sol, como la tierra, como el mar en el que estaba anclada su duda. La Criatura que acababa de perderse en la profundidad del frío ártico era el más fiel e incuestionable testimonio de ello. También lo era de la inevitable desgracia que la acompañó en su breve existencia. Pero, ¿debe inevitablemente este sueño de inmortalidad y perfección concluir en desdicha? Tal vez fue así solo porque Frankenstein, bajo la perspectiva de su época, equivocó el camino o porque el temor le impidió considerar el significado más profundo de sus ideas sobre la vida y la muerte. Hay otra forma, más precisa y

estricta que su complejo experimento, por la cual sin que haya desamparo alguno se puede evitar el morir y a su vez lo falible puede dejar de existir. Lejos de cualquier ironía la victoria es posible bajo el imperio de la propia extinción. Este sería el triunfo definitivo sobre la vida, sobre la muerte, sobre todos los dioses, los que moran en los cielos y los que pueblan el inframundo porque ya no habrá humanos que puedan fenecer. La muerte habrá caído derrotada aunque su cadáver jamás se encuentre. ¿Por qué no deberíamos intentar esta batalla? ¿Por qué no terminar con la perspectiva antropocéntrica que imagina la existencia del hombre, con toda su imperfección, con todos sus padeceres y con el dolor de saber de su muerte, como una necesidad inevitable del universo? Tal vez por lo que afirma Alonso Burgos:

Pero si la historia del hombre es la historia de la pérdida del Paraíso, la historia de la construcción de las ciudades, la historia de la lucha del hombre contra la muerte mediante su artefacto y su poesía, si el hombre vence al fin a la muerte, ¿no morirá también el hombre con ella, su enemiga? ¿Qué quedará del hombre cuando se ponga fin a ese relato?

Preguntas que nadie responde; preguntas, empero, que son la condición de la promesa. Porque el destinatario y el autor de esa promesa no es otro sino el hombre. Y si nadie responde, tal vez sea mejor desconfiar de los dioses que nos prometen de nuevo el Paraíso y aferrarnos a la tierra de los hombres, esa tierra de la

que un día nos ensoñaremos porque Satán nos abrió los ojos a la ciencia. Seguir escribiendo el relato, porque ni los dioses ni el Paraíso existen por sí mismos, solo son, y solo fueron siempre, parte del relato humano.¹⁹

Pero aún podemos tener la ilusión de lograrlo. Los fulgurantes desarrollos tecnológicos pueden opacar cualquier reflexión o crítica, condicionamiento o duda que podamos tener. El reflejo de la perfección o de la inmortalidad es difícil de apagar en estos tiempos y la voz de Frankenstein advirtiéndolo en su agonía sobre la incontenible ambición humana puede que ya no sea oída. Todo esto es posible. Aun así, hemos de intentar

¹⁹ Ibidem, p.339

dialogar con Walton y considerar como él si debemos mantener o cambiar nuestra ruta planificada.

¿Qué hacer?

El sueño de vencer a la muerte y al dolor difícilmente pueda concluir como lo imaginan sus defensores más decididos. Podemos suponer que el final no será muy distinto al que Mary Shelley logró idear en su novela. Incluso, puede que el mundo sea más oscuro que aquel en el que habitan los replicantes y los humanos de la película *Blade Runner*. No debemos desechar estos escenarios sin más solo porque nos rige una forma torpe de optimismo prometeico, para parafrasear el concepto propuesto por Günter Anders. Pero concedamos por un momento que un fin exultante y alejado de toda forma trágica sea posible. Entonces debemos

preguntarnos cuantas generaciones habrán de vivir despreciando sus vidas, sufriendo su “debilidad” biológica, su imperfección, su mortalidad, incapaces de tener sueños y deseos porque han comprendido que su existencia es irrelevante dado que solo están aquí porque el tiempo para que arribe la eterna salvación bajo la forma de nuevos humanos que los reemplazarán aún no llegó. Tal vez, si hemos de darle significado a nuestras vidas no debemos buscarlo en estos sueños desmesurados, incluso aunque no sepamos con precisión cómo decidir qué es lo desmesurado. No hay respuestas precisas pero podemos considerar las breves palabras de Jorge Larrosa enunciadas en la película *Monos como Becky* como una base para iniciar una lectura que hoy es imprescindible:

El problema será siempre qué significa vida, porque nosotros tenemos una palabra para vida y eso permite expresiones tan paradójicas como “esta vida no es vida” o “la vida está en otra parte” porque la vida siempre está en otra parte. Los griegos tenían dos palabras para vida. Los griegos hablaban de *zoé* de donde viene zoología que es vida desnuda, vida como supervivencia, vida pura y el valor de ese tipo de vida se mide por su duración y por la ausencia de dolor y el incremento de la satisfacción. Los griegos hablaban también de *bíos* y *bíos* es siempre la vida de alguien, solamente el *bíos* puede ser objeto de una biografía, solamente el *bíos* es singular, solamente el *bíos* tiene sentido independientemente de lo que

dure e independientemente de lo que duela. El problema con las técnicas agresivas psiquiátricas es que a veces matamos la vida para salvar la vida, es decir matamos una vida con sentido, aunque duela y aunque dure poco para crear una vida como supervivencia, una vida donde está ausente el dolor pero donde está ausente también el sentido, donde la vida es vida genérica, vida de especie.²⁰

Mary Shelley nos da otra clave para enfrentar esta cuestión bajo la forma de un particular pensamiento expresado por Víctor Frankenstein. Es una reflexión que puede ser confusa y ambigua y que sin duda está errada en su lectura de la historia

²⁰ *Monos como Becky*, película dirigida por Joaquim Jordà y Núria Villazán, España, 1999.

y en la idealización de un pasado que no fue. Aún con todas estas objeciones, es una buena consideración que tenemos a la hora de rescatar cierta prudencia y algún pudor sobre los sueños cuya realización se sostiene en el desprecio de la frágil y difícil condición humana. Cuando todavía la tragedia no se había manifestado en toda su magnificencia, Víctor Frankenstein reflexionaba: “Si los estudios a los que uno se dedica tienden a debilitar los lazos afectivos y destruir el gusto por esos placeres sencillos que no precisan de otros goces, entonces estos estudios son ciertamente ilegítimos, esto es, inadecuados para la mente humana. Si esta regla se respetara siempre, si nadie dejara que sus planes interfirieran con la calma de los afectos domésticos, Grecia no habría sido esclavizada, César

habría salvado a su país, América habría sido descubierta más gradualmente y los imperios de México y de Perú no habrían sido destruidos”²¹ y la humanidad podrá seguir imaginando un futuro incierto pero que será habitado por sus hijos y los hijos de esos hijos.

²¹ If the study to which you apply yourself has a tendency to weaken your affections, and to destroy your taste for those simple pleasures in which no alloy can possibly mix, then that study is certainly unlawful, that is to say, not befitting the human mind. If this rule were always observed; if no man allowed any pursuit whatsoever to interfere with the tranquillity of his domestic affections, Greece had not been enslaved; Caesar would have spared his country; America would have been discovered more gradually; and the empires of Mexico and Peru had not been destroyed.

Supongamos que la criatura dada a la vida por la virtud del conocimiento hubiese estado signada por la belleza y no por la fealdad, y que en lugar del rechazo le hubiesen sido dados halagos y favores: ¿No sería Víctor Frankenstein el hombre más grandioso, el más venerado y querido, que nuestro mundo haya visto? ¿Y de haber sido así, al dirigir nuestra mirada hacia atrás, ¿no nos habríamos aterrorizado con la idea de la oportunidad perdida para expandir la vida sólo porque la prudencia aconsejaba no iluminar al mundo cuando puede ser prematuro? ¿No es legítimo correr el riesgo de los experimentos fallidos si al final del camino podremos tener un logro único?

¿Cómo decidir? ¿Cómo puede una cultura enfrentar sus propias creaciones tecnológicas si la línea que separa al "benefactor" del "villano" es tan tenue que no se percibe? ¿Pueden acaso la reflexión, la pregunta y la duda ser formas de acción frente a logros tecnológicos que parecen tener vida propia, que simulan estar marcados por un fatal hado? Víctor Frankenstein se yergue desde su helado mundo ficcional para encarnarse en el corazón de nuestro conflictivo tiempo y dirigir la mirada hacia los lugares que con cierta necesidad preferimos ignorar.

